

Carlos P. Ripamonte

Por

NARCISO MÁRQUEZ

I

EL ARTE, como toda manifestación en que el espíritu y la inteligencia sean el vehículo esencial, traza una ruta. Esta ruta es la que idealiza toda concepción, ya sea estética o intelectual. Esta es la ruta que hallamos en el ideal artístico del maestro Ripamonte. Y es el ideal que hallamos en su espíritu y en su mente, instándolo, permanentemente, hacia una meta creadora. Hacia esa meta para él siempre distante, ayer como hoy, y tras la cual ha seguido, siempre, procurando perfectibilidad artística. Su perfectibilidad artística.

Don Carlos P. Ripamonte, hoy, en que toca con su obra las alturas que le concede su prestigio alcanzado a costa de su gran probidad artística, puede mantenerse bien erguido cuando a su arte ha de referirse la crítica sustantiva. No hallamos en esa obra sinuosidades ni zig-zag que puedan predeterminar una vacilación estilística, ni técnica, ni emocional, en cuanto a los grandes objetivos por él entrevistados allá en su mocedad, cuando comenzara a erguirse en procura de la ruta de su carrera. Se inició y avanzó seguro de esa predefinición personal respecto de la concepción de lo que habría de ser su arte, conforme a su sentir y a su pensar estéticos.

Su consagración. He aquí el todo por el todo de lo que hoy la cultura argentina puede recoger de este artista, desde que es él, en sí mismo, el producto de esa consagración. Pero esto ocurre, como todas las cosas que en sí se acrisolan con fe, como son las cosas del espíritu,

desde su iniciación. Así le ha ocurrido a Ripamonte. Así les ha ocurrido a todos los grandes maestros de la pintura, como a los escritores y poetas. Lo que no sorprende, porque cada cual ha nacido con su estrella y esa estrella ha conducido el ideal estético de cada uno de los consagrados a su arte o a sus especulaciones intelectuales. Son así los predestinados en ese mundo inviolado e indestructible de la cultura, porque en ello va inmerso, como cosa trascendente de su espíritu, del espíritu de cada cual y el del propio arte en sí, la plusvalía de esas vivencias que hacen que él, el arte y las letras, sean eternas en el mundo sensible de la cultura de los pueblos, desde que el mundo existe. Y que, acaso por esto mismo, exista la fe en el espíritu, porque sólo él no ha podido sufrir anquilosis en este mundo de conveniencias y convencionalismos. Cosas estas que, al fin, siempre, en todo lo que tenemos de historia de la humanidad, ha debido inclinarse a las purísimas manifestaciones del arte puro. De ese arte que es la pintura, que es la música, que es la escultura y que es la poesía. Es decir, del arte. Intenso y puro y rectísimo, tal como es el espíritu, donde él se engendra y de donde nace destarado de toda impureza.

Ya los grandes maestros universales, los grandes críticos, los grandes filósofos, los estetas de todos los tiempos, nos han hablado sobre lo que es el arte. De su trascender. De su importancia en la vida social de los pueblos como complemento de su cultura y como parte integral de su vida espiritual. Aquellos estudiosos han ahondado sus especulaciones críticas en torno de este *Don* que la naturaleza ostenta sobre la costa terrestre y que es exhumado, redivivido y erguido en potencia concreta mediante aquellos que, llamándose artistas, son los privilegiados que han de recoger las bellezas de esa naturaleza para ofrecérnosla en forma de arte. De arte concreto, en cualquiera de esas manifestaciones a que he hecho referencia. Es decir a través de la pintura, de la música, de la escultura, de la poesía. De esos vértices fundamentales de la belleza, sobre los cuales, y únicamente desde ellos, ha de erguirse la belleza. Eso que no se ha podido definir todavía, pero que existe. De eso que es indefinible porque es la quintaesencia de un soplo vital que parte desde el espíritu de las cosas y del hombre, y desde ese armonio-

Carlos P. Ripamonte

so *Gran Todo Universal*. Y que solamente se la concibe mediante el poderoso poder de nuestras intuiciones, o cuando el artista ha de evidenciárnoslo mediante ese regocijo interior suyo, como la eclosión de una idea hecha verbo. Enhebrando en las agudezas de su talento creador, todo ese caudal de vibraciones que constituirán el todo armónico de su emoción estética. Vibraciones que se harán pinturas, que se harán sonidos, que se harán formas en la articulación musicalizada del verbo del poeta. O que habrán de adquirir formas físicas armoniosas en la greda que amasan los dedos artifices del escultor. Es decir, del verbo del hombre. Porque tan verbo es la palabra articulada del poeta, como esa expresión plástica del verbo pictórico del pintor, quien nos habla mediante las modulaciones de las vibraciones cromáticas en la gama de sus telas. Es la misma expresión del verbo que se transfigura en arte en la música, donde el creador nos habla a través de esas divinas sinfonías que parecen paralizar nuestros sentidos estéticos para sentir mejor la intensidad emocional de sus vibraciones purísimas, líricas o románticas, profanas o litúrgicas. Y es la misma expresión del verbo en la dinámica elocuencia de la estática de la escultura, donde se halla plasmada, en todo su vigor psíquico, esa admirable cantata a la vida en la muda quietud de la piedra.

II

EL MAESTRO

El maestro Carlos P. Ripamonte ha cumplido, en líneas paralelas, una misión y ha llenado una función. Y, en ambos casos, ha realizado una obra que se bifurca desde el vértice común que es su espíritu, para cobrar en ambas líneas altimetrías. Como maestro, fecunda. Y como artista, creadora ¹.

¹ *Cualquiera sea el grado de expresión lograda en mis cuadros —díceme en carta fechada en marzo de 1958, aún en la plenitud de su actividad creadora— cábeme la satisfacción de poder seguir laborando, generosamente acompañado, en*

Su vida ha estado siempre consagrada al magisterio del arte. He aquí su actividad misionera dentro de ese cónclave magnífico de jóvenes que constamente él vio renovarse a lo largo de su vida y en cuyos espíritus el maestro volcó desde el suyo, como desde un cántaro hacia otro cántaro, toda la savia que va brotando desde ese espíritu cultivado, como el agua del manantial, para saciar la sed del saber artístico de quienes se congregaron en torno suyo, convertidos en discípulos, para que el maestro les revelara los secretos y las maravillas del arte, y para que les dijera qué es, en esencia, la belleza.

Nada más hermoso para un hombre que, habiendo llegado a la altura de la vida donde hoy encontramos al maestro Ripamonte, repleto de lozanías mentales y espirituales, pueda mirar hacia atrás, recorriendo con su mirar sereno el extenso camino andado. Y mirar hacia las veras de ese camino cómo los frutos de su inteligencia y de su espíritu lo recuerdan, lo respetan y lo saludan. Y ostentar junto con la satisfacción de su noble labor cumplida, la nobleza de su jerarquía cuspidando con toda limpieza, con toda pureza paralela a las altas cúspides del pensamiento estético y dentro del común denominador de los grandes artistas consagrados.

En estos momentos en que el arte atraviesa por una encrucijada mal llamada revolucionaria —porque no estamos en el caso de admitir que se parezca a la evolución revolucionaria impuesta por los grandes maestros del Siglo XIX con Renoir, Cézanne, Gauguin, Manet, Rouault, Van Gogh, etc., que nos dieron lo que hoy conocemos de ellos en estos momentos en que nos hallamos en tal encrucijada que no es, como decía, revolucionaria, sino de simple snobismo increador, en que se pretende imponer como cosa insustancial un arte no sustantivo de simple geometría plana; en estos momentos y en tal encrucijada, es siempre altamente aleccionador poder ostentar a lo largo de toda una carrera artística, prolífica y sustantiva, la conducta artística de este artista, que nos muestra en su obra su integralidad de tal ante la falta absoluta de claudica-

el campo bello de mi predilección; aspirando siempre a un enaltecer posible de miras, tras el ideal apetecido para decoro de cuanto siempre quise extraer de estudios e impresiones que siguen conjugando en mi espíritu con tenaz determinación.

Carlos P. Ripamonte

ciones en su ideal estético propio. Tal es lo que observamos en la personalidad y en la obra de este maestro que, aún hoy, a su edad cargada de años, de dignidad y de respeto, mantiene la pureza, diría doctrinaria, de su ideal y de su sentir estéticos, con esa generosa pulcritud que hallamos en estos precisos instantes nonagenarios de su vida, sin desvirtuar su trayectoria, su ideal y su fuerza pictórica. Pues debe sentirse orgulloso cuando, como en el caso del maestro Ripamonte, a su edad venerable, se halla de pie al lado de sus caballetes concretando formas en sus colores e ideales en sus formas.

Pero esa fertilidad en el espíritu estético de Ripamonte no sólo lo hallamos en su actividad específica de artista. De constructor de una obra pictórica que será señera en la historia de las bellas artes de la argentina. Lo hallamos en el maestro bajo cuya enseñanza han pasado varias, muchas generaciones de jóvenes ansiosos por aprender. Sean ellos de las academias de arte o de los claustros universitarios, donde también condujo la mano torpe del iniciado. No sólo en esto vemos al maestro lleno de inquietudes. Le vemos también allí en su mesa de trabajo. En su gabinete de estudioso. En su mesa de intelectual, donde ocupa sendas horas de vigilia, siempre creando y, preocupado en sus especulaciones, procurando nuevos frutos para los espíritus sedientos de saber. Le vemos así, en su actividad de esteta y de crítico veraz sobre estética. En su función intelectual de esteta, concibiendo esos vehículos del saber que él fue concretando en libros magníficos, llenos de sus propias experiencias y de ideas nuevas, renovadoras en la materia que él era un maestro. ¿Qué otra cosa son sino eso su *Janus*, donde procura sus consideraciones sobre arte; su *Vida*, en el que enfoca la evolución de las Bellas Artes durante el transcurso de treinta años; su contribución a la historia artística argentina en su *Carlos E. Zuberbühler* y su último libro de nuestro cómputo intitulado *Semblanzas*, todos ellos de indudable valor intelectual y de indiscutible calidad crítica? Es la voz serena y rectora del maestro que ha estereotipado su saber en el libro, para que de allí sus discípulos abren y refresquen los conceptos de su palabra prodigada desde el aula. Y también para aquellos que, sin ser exactamente sus discípulos, siempre buscan pan

para sus espíritus y fuerzas nutricias para sus pensamientos, con lo que acrecen, siempre, el acervo de sus culturas. Así, maestro amigo, diremos, todos, sus discípulos y los que no lo hemos sido, le agradecemos a Ud. las ideas que tuvo al concebir y escribir esos hermosos trabajos que todos hemos leído y, algunos, hasta los hemos repasado con cariño y entusiasmo, como quien refresca la lección que ha de darse en el aula al día siguiente.

III

EL ASPECTO PSICOLÓGICO

Dejemos ese área extensa donde Ripamonte ha actuado como maestro en los claustros de enseñanza y a través de su obra pictórica e intelectual de esteta, sobre lo que tanto habría que decir. Sobre cuyos temas hallaremos siempre inagotable el venero de las deducciones, apreciaciones, afirmaciones y definiciones. Inagotable como todos los temas que, a la postre, nos induce a la aceptación de aquella premisa debida no recuerdo a quien, diciéndonos que lo que se agota son las ideas, no los temas. Dejando ese área extensa de su labor de maestro, de este maestro, nos introduciremos en sus cuadros y en su pintura para indagar, no con criterio de esteta ni de crítico, sino con un sentido eminentemente intelectual y desde un punto de vista estricto que pueda partir desde los ámbitos esenciales del escritor. Lo que podrá ser extra-estético y extra-crítico, pero en absoluto sincero, como todas las cosas que parten de lo espontáneo.

Y he aquí que nos situamos frente a su obra. Sus lienzos, que tantos nos dicen de ese mundo maravilloso que es el arte excelso de la pintura.

Captamos aquí, en primera instancia, el psicologismo de su obra. Su estructura ambiental deja trascender este aspecto, como en primera persona, de lo humano e infra-humano que hallamos en la composición temática de sus telas.



Carlos P. Ripamonte
El indio bombero, óleo

Carlos P. Ripamonte

En este aspecto, el psicológico, es fácil observar en los personajes o en los ámbitos de cada ambiente, ese filamento de una psicología idealista que hace emerger de ellos mismos los caracteres definidos de quienes aparecen protagonizando, en primer plano, el conjunto concebido en la plana de cada bastidor.

Como en toda obra de arte —de arte plástico, desde luego, como la pintura y la escultura—, lo psicológico es esencial y sustancial. Pero, en este maestro, hallamos que este fenómeno no se escurre de su paleta. Diremos, casi haciendo frases, que ello es absorbido por sus pinceles para estereotiparlo en la tela, dando con ello la tónica esencial en eso que es vida y movimiento. Que es la vibración de una dinámica subjetiva en las imágenes y ambientes, con lo que otorga no sólo carácter, sino una definición prototípica en las figuras y en los seres y una telúrica sensación anímica en sus personajes, en sus ambientes, en sus paisajes. Es decir en esa magnífica integralidad armónica de sus lienzos, conjugando una tónica sustantiva de lo subjetivo con esa tan sensitiva gama cromática que emerge de la captación de los colores, plena de una frescura que agiliza su idealización de lo concreto objetivo que ha recogido desde su mundo exterior.

El aspecto psicológico en la obra de Ripamonte es, en mi juicio, uno de los aspectos en que merece fijarse la atención crítica y destacarse, porque ello juega un papel preponderante en su obra, en particular, por la temática de su pintura a la que ha consagrado toda una vida. No se trata, en efecto, de que aquí hablemos como quien generaliza sobre un tópico ya conocido, para decir que en arte el fenómeno psicológico es esencial, desde que ello es el síntoma de vida que el artista da a sus creaciones. No es eso. En este caso, en el del maestro Ripamonte, debemos particularizarnos en él, por la naturaleza de su especulación artística, diremos. El ha especulado en una temática artística donde nadie ha incidido en tópico idéntico. Es el caso de la pintura y los temas que inició Quinquela hace ya casi medio siglo, o el de Orozco, Rivera y Siqueiros en México, el de Quirós, el de Fader, etc., en que lo psicológico es la sal indispensable y, a la vez, difícil de poder graduar si no se lleva en el alma la sensitiva sensación del valor ponderable de

ese fluido que él, el artista, va suministrando vida al propio soplo vital que debe de animar a los elementos que ha recogido desde sus puntos de observación para crear su obra artística. Creemos, pues, que este maestro ha logrado este aspecto. Lo creemos sinceramente. Y hasta crítica y estéticamente. Los críticos y estetas dirán su última palabra. Ojalá estén de acuerdo con esta afirmación intelectual mía.

IV

EL ASPECTO ÉTNICO

La pintura del maestro Ripamonte se halla embebida de una nobleza pictórica que emerge de esa su convicción estética en cuanto a su técnica, a su concepción estilística y a su concreción temática. Aspectos de los que no ha huido ni ha procurado esas furtivas fugas que, en algunos casos aparecen como involuntarias, otras un tardío evolucionar o un tardío arrepentimiento por el espíritu de su técnica o de su tendencia y formas personales de su arte. Esto no ha ocurrido en Ripamonte. El ha mantenido en todas sus formas su conducta estética y técnica. No por conservador y tradicionalista, sino en fuerza de una convicción personal que más que simplemente respetable, ello es respetabilísimo.

Esta seguridad en su arte y esta fe y afinamiento en su sensibilidad y en su fuerza emocional, lo hallamos en su ideal romántico y en el etnicismo del sentir *su* estética en el trascender de su proyección sentimental.

En efecto, Ripamonte, al transferir a sus lienzos los elementos de su mundo exterior que han herido su retina y han vibrado en su espíritu, nos entrega todo un caudal inapreciable de nuestra fuerza y de nuestra historia étnica, ya como raza o como pueblo. Pues aquello que las telas de este maestro han registrado en cada uno de los instantes de su observación, constituyen verdaderos capítulos de esa historia de la etnología argentina, porque allí están fijados caracteres, psicologías,

Carlos P. Ripamonte

hábitos, costumbres, ambientes y paisajes. Y, esto mismo, que es su ideal estético, es lo que ha hecho que su técnica sea en absoluto inconciliable con otras tendencias y con otras técnicas. Porque en la suya propia, se vigoriza esa armonía que se complementa e integraliza cuando ha de conjugarse en las telas, su idea cósmica y su sentir estético con los elementos emergentes del alma de la raza y del espíritu telúrico que contornea a esa raza y el ambiente que le sirve de fondo, de paisaje y de escenario en que se desenvuelve y actúa como ente social.

¿Cómo reflejar así, históricamente, un instante étnico de la evolución de un pueblo, sino conforme a la técnica y tendencia empleadas por Ripamonte? Esto sea dicho en estos instantes de encrucijada y de confusión snobística del arte, en que se pretende simbolizar, mediante una expresión refleja puramente mental, las esencias emocionales de la belleza. Y se malogran, porque con ello penetran en el área puramente negativo del arte y de sus esencias. En una metafísica de la que el arte no puede participar, porque él es objetivo y no especulativo en cuanto a indagaciones intuitivas, como en filosofía, de proyecciones puramente metafísicas. Porque, como decía antes, no estamos en el caso de los grandes creadores que evolucionaron y revolucionaron el arte con respecto del arte clásico, independizándolo. Liberándolo, pero sin radiarlo a algo iconoclasta y perecedero. Ni incurriendo en apostasias artísticas. Eso es todo, y esa es la diferencia.

De tal modo interpretada la razón de la escuela artística de este maestro y el trascender emocional de su ideal de belleza dentro de esos rumbos tan definidos de nuestra etnología argentina, tendrán las generaciones futuras, en los cuadros de Ripamonte, lo que hoy tenemos y conservamos como un documento inapreciable de belleza e historicidad en las telas de Pueyrredón, Pellegrini, Palliere, Rugendas, Blanes, Cándido López, Sívori, Fígari y otros que escapan a la cita. Con lo cual deseamos coincidir con la opinión de mi queridísimo amigo Fernán Félix de Amador, poeta y esteta y maestro eximio, cuando en una oportunidad afirmó que *Ripamonte es un romántico, que si vuelve sus ojos al pasado es para transmitir al porvenir la esencia racial que fortifica la energía y la sustancia lírica de la raza*. Es decir ese contenido te-

lúrico de que se halla irisada su obra, plena de ese sugestivo poder evocativo de una alcornia y de una prosapia de nuestra comunidad arquetípica, que ya está prácticamente perdida en razón de los grandes influjos evolutivos experimentados no sólo aquí, en la patria, sino en el Continente.

He aquí la importancia de esa sustancia étnica de que se halla impregnada su obra. Su inmensa y trascendente obra pictórica. Cuya trascendencia sopesamos las generaciones actuales, pero que recién será mensurada y aquilatada en todo su poder, cuando sus lienzos están lejos ya de la generación que hoy la contempla y sean nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos los que hayan de avalarla artística y documentalente. Entonces hallarán en ella todo su real valor y toda su importancia histórica y exegetica.

V

DESCRIPTIVA

La pintura de este maestro es, *stricto sensu*, descriptiva. Ya hemos bosquejado nuestro concepto respecto del etnicismo de su contenido. Lo descriptivo, en este caso, es consecuencia de aquello. Porque no es una descriptiva que se diluya en superficialidades vibrátiles o cromáticas. Es aquello que se ahonda en las corrientes psicológicas, para cobrar altura en los personajes y en los medios ambientes y anímicos que le sirven de elementos. Allí parece tomar contacto con lo vernáculo y desde allí se expande en esa atmósfera eminentemente humana de nuestro pasado, postulando artísticamente, la reviviscencia de ese tipicismo físico y psicológico de ese pasado. Y ha logrado esa reviviscencia dentro de la parquedad de un estilo —si podemos llamar *estilo* a una norma artística ajustada a una conducta pictórica— y también su descriptiva dentro de una pulcritud no dogmática pero tampoco dentro de una libertad licenciosa. Lo ha logrado conforme a los cánones estéticos y dentro de las licencias concedidas con estrictez por los preceptos lógicos.

Carlos P. Ripamonte

La descriptiva en la obra pictórica de Ripamonte, equivale al poder de síntesis en la descriptiva literaria. Un cuento, una narración, debe de estar compendiados en el menor espacio posible, y ser explícitos y claros. Y armoniosos. El que rebasare ese área, entra en los dominios de los ex abruptos. En pintura, y en los temas en que ha especulado Ripamonte, su descriptibilidad debe de ser lo estrictamente indispensable, para que ella sea sustantiva. Pues con ella promueve su dilatación explicativa de los temas, el propio factor psicológico que vibra en la armonía total de los elementos que arquitecturan la totalidad de la tela, quintaesenciando el contenido emocional a la vez que otorga accesibilidad plástica a la observación objetiva del vulgo. Lo cual es un esencialismo de la pintura, porque tanto el artista como el escritor debe construir para la comunidad y no para sabios y artistas, cayendo así en el golfo de los científicismos y tecnicismos, o de los tenebrosos abismos de lo abstruso, haciendo inaccesible el arte y las letras. Cayendo, en suma, en lo infecundo, desde que lo emocional y sensitivo de esa comunidad se hallará ausente de tal clase de expresión artística o intelectual.

Creemos que este aspecto de su descriptiva está logrado conceptual, pictórica y estéticamente en la obra magnífica de este artista.

VI

VIGOR

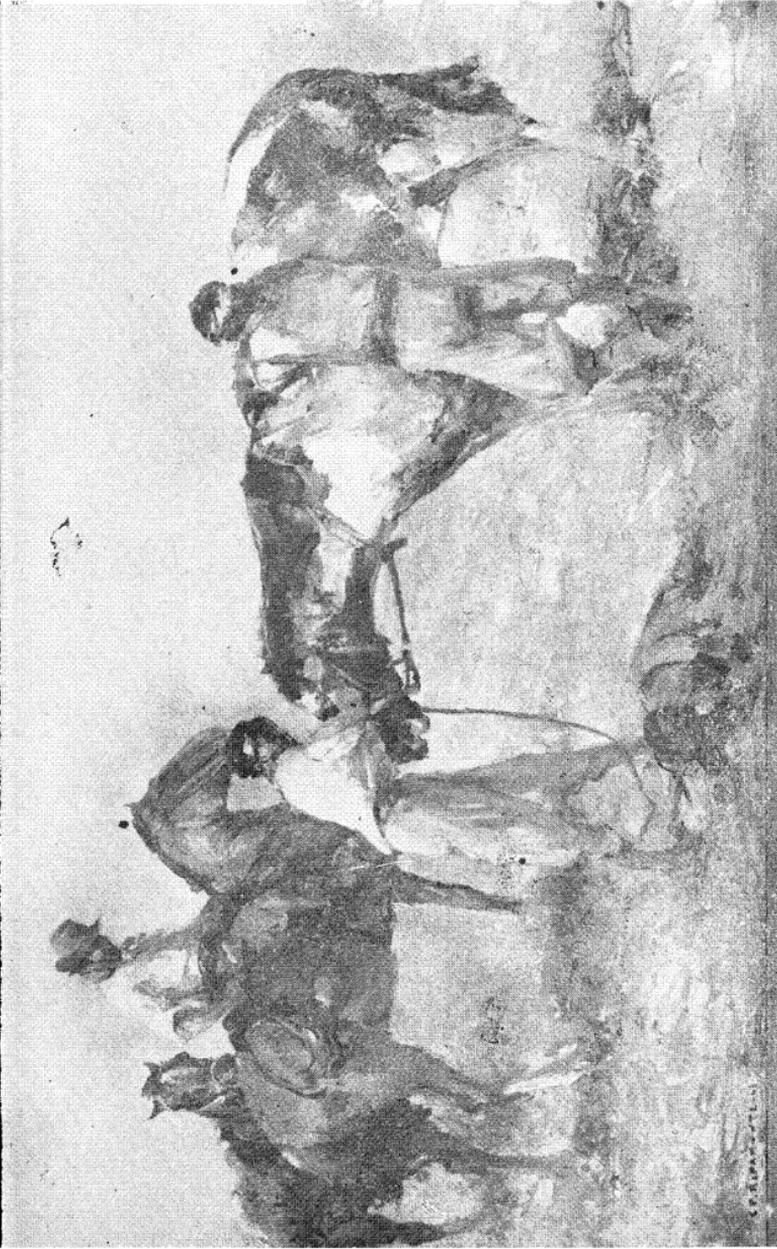
En arte, como en cualesquiera otra manifestación artística e intelectual, el vigor en la obra creada es fundamental. Es de tal modo indispensable, como que es su aspecto vital. Y debemos considerar y tenerlo muy en cuenta, tal como ocurre con toda cualidad que se conaturaliza con cada una de esas expresiones del espíritu. Es decir, que el vigor es innato en todo lo creado. Y parecería que en torno de esto no debería decirse palabra alguna. Sin embargo, pensamos que no sólo debemos hablar de ello, sino hablar mucho. Porque no en todos los

artistas hallamos ese vigor que es menester en sus obras, sino que, por el contrario, encontramos en el arte de muchos de ellos el afloramiento de una debilidad que aparece ingénito. Defecto que llega a malograr una tela o toda una obra, porque se halla resentida por esa carencia de vigor estético, temperamental, climático y psicológico. Esto es advertido de inmediato y como fenómeno que absorbe los primeros planos de la obra. Lo que es, desde luego, lamentable, porque se malogra una nobilísima labor y una obra igualmente digna por la nobleza que en ello va inmerso. Pero la avalación artística debe de ser estricta e inapelable. Es la función de la estética desde su sector de la crítica.

Dicho esto a manera de exordio, pasaremos ahora a examinar tal aspecto en la obra de Ripamonte. La que, desde luego, resiste el análisis en este sentido.

Así, pues, cuando en la obra de este artista nos encontramos con su temática pictórica, la que es ya clásica en él y que es un filón asaz interesante por lo documental —étnico, psicológico, social e histórico—, lo primero que se advierte es, precisamente, ese vigor que se hace temperamental en la obra y que es transmitido desde las propias vivencias que recoge desde los medios anímicos, geográficos y tipológicos de los elementos que han gravitado en su espíritu y a la vez que desde su estro artístico ha emitido, fecundando la obra en este sentido, como si diera reciedumbre mediante la aleación de esas dos fuerzas que no se superponen ni se anteponen, sino que se complementan: el vigor de lo objetivo que ha herido su retina artista y el vigor subjetivo del artista que ha de dar plenitudes en la artesanía técnica de su obra.

Tomemos cualquier cuadro de este artista y examinémosle. No hallaremos en ninguno de ellos esa falta de carácter en lo pictórico por falta de vigor emocional y estético. No encontraremos esa especie de aplastamiento que es fácil hallar en la obra de algunos artistas, como consecuencia de eso que en las telas aparece como si vibrara una extenuación espiritual y mental específica de sus autores. Porque, indiscutiblemente, toda carencia de vigor en una obra es, necesaria y fatalmente, un defecto que nace de la propia mentalidad endeble o de un espíritu débil. De aquí el raquitismo de toda obra. Es decir, de ahí el



Carlos P. Ripamonte
Preparando la doma, óleo

Carlos P. Ripamonte

defecto, como consecuencias heredo-psico-espiritual que su autor forzosamente trasmite a esos hijos de su espíritu, plasmando en ellos tal o cual defecto ingénito personal. Pues la obra, hija de uno al fin, es, a la postre, la que habrá de recibir el *shock* de esas deficiencias ingénitas nuestras.

Mucho espacio tendríamos que ocupar si nos detuviéramos a juzgar este solo aspecto del arte de Ripamonte. Porque deberíamos entrar en el análisis de cada uno de ellos para poner sobre relieve esa cualidad —el vigor— para mí de real importancia en todo vástago del espíritu. Porque, para mí, la falta de vigor en una obra de arte, equivale, exactamente, a lo pusilánime en una obra literaria.

Así es que, generalizando, diremos que esta faceta intrínseca del arte, aparece en la obra del maestro Ripamonte como una substancia trascendente de dignidad estética y de vigor espiritual e intelectual.

VII

INTENSIDAD TEMÁTICA

Otro aspecto que deseamos destacar en el arte de este artista, a quien le rendimos el pleito homenaje a que es acreedor en sus 91 años de vida² por su noble y eficiente labor, es la intensidad que registra su temática en toda su obra. No importa cuál o en qué tema. En el paisaje, en el cuadro histórico, en la descripción de una escena campera, en la captación de la vida doméstica, en el retrato, cuando capta un chango, un granadero o uno de nuestros hombres de las planicies o de la montaña, Ripamonte deja en el más libre albedrío sus pinceles y su pensamiento, como si pensara que mientras construye plásticamente sus bocetos, esos pensamientos y esos pinceles recogen desde los ámbitos lo intenso de la vida, de la sociedad, del paisaje. De la historia y del retrato. Lo intenso del alma de las cosas. Como si recogiera la voz del silencio o lo dinámico de lo estático de las piedras, para plasmarlo en sus cuadros y ubicar en ellos lo intenso del espíritu de cada motivo, con

² Nació el 4-VII-1874.

lo que sugestionará y cautivará nuestro sentir y nuestro pensar.

Hallamos, en las telas de Ripamonte, como una esencia, lo intenso de lo intenso mismo y también lo intenso de lo extenso, tanto como lo intenso de lo pasivo y de lo pequeño e insignificante, en magnífica mancomunidad con la armonía idealista de la belleza y con el ideal estético espiritual y universal de la particular concepción artística del maestro.

Esto, considerado conforme al pensamiento rector del gran filósofo alemán, Emmanuel Kant, quien nos ha definido la belleza, según su concepción filosófica de la estética, diciéndonos que *lo bello es lo que satisface el libre juego de la imaginación sin estar en desacuerdo con las leyes del entendimiento*. Con lo cual Ripamonte logra este principio que Jannet, en su tratado sobre filosofía, apunta allí donde diserta sobre estética, diciendo: *Reducir la realidad exterior a la espiritualidad de modo que la apariencia no sea más que la manifestación del espíritu*. Que es lo esencial del arte y lo difícil de lograr artísticamente. Cuya facultad es propia de la predisposición artística del artista. Las formas, plásticas o lineales, es cuestión de dibujo y es tema de otra naturaleza.

VIII

COLOR Y FRESCURA

El color es otro aspecto que interesa a la crítica tocar o destacar y mensurar. Por mi parte, no dejaré de lado esta faceta al auscultar, intelectualmente he dicho, la obra de este maestro.

En efecto, diré, así, a boca de jarro, que este artista nos invita, generosamente, a que compartamos, estéticamente, la armonía de sus vibraciones y la frescura de sus temas.

El color y la frescura pictórica de una tela, constituyen, en mi juicio y en mi entender, toda una armonía emocional. Es la poesía del arte que aflora en el lienzo, no por obra de la casualidad, sino como cosa natural de la idiosincrasia espiritual del artista. Como consecuencia del

Carlos P. Ripamonte

clima psíquico y espiritual innato en el hombre, que es donde arraigará el temperamento artístico del artista. De modo tal conceptúo así la naturaleza de estos dos factores en el arte de la pintura, que considero que ellos surgen sin esfuerzo alguno desde la paleta, porque han sido emitidos desde el estro artístico del pintor luego de haber sido allí sentidos y sustentados emocional y sensitivamente, antes de fijarlos en la tela. De aquí la lozanía de su frescura y la poesía del color, donde hallamos, así vibrátil y dinámica, la alegría y la belleza de la gracia en el empaste, hecho con soltura, libremente manifestado. Espontáneamente, diré, qué es lo que le da al color, en su suavidad o intensidad, la típica característica de lo que se logra cuando las cosas han sido hechas con naturalidad. No forzadamente.

Creo no errar al expresar mi opinión respecto de la frescura cromática en los cuadros de Ripamonte. Sus temas pictóricos no han sido resentidos porque los cromos de su paleta hayan estado teñidos con tristezas interiores, llenando de oceres o grises la fuerza y pureza sensibles de sus vibraciones pictóricas. Al contrario, me parece que esa frescura es una condición *sine qua non* en el maestro Ripamonte. Es la frescura de su espíritu y su agilidad mental lo que aparecen vertebando esa virtualidad en su obra. Es su ideal romántico que él ha enhebrado en la concepción y percepción de los tonos. Y que nos lo ofrece sencillamente, tal como la flor su perfume. Sin esfuerzos, naturalmente.

IX

IDEALISMO

Es la pintura de Ripamonte, una pintura idealista. No como técnica ni como tendencia, sobre lo que no me he propuesto abrir juicio. Es un idealismo que, partiendo desde las entrañas mentales del maestro, se ductiliza y cobra fuerza en los dinteles de su arte, para volcarlo luego con toda dignidad, con toda pureza en sus lienzos. Es el suyo

un idealismo que cautiva y contagia. Este idealismo y la frescura de sus cromos constituyen la nota emocional trascendente de sus cuadros.

Cuando se observan sus telas se capta, de inmediato, ese idealismo, como si él, en esencia, fuera el espíritu de las cosas y de los elementos que, partiendo desde el propio medio en que ha recogido el tema, ha de dejarlo que surja en espirales hasta alcanzar las alturas ideales por él concebidas para incrustarlas, también idealmente en los tiempos, en las épocas y en los ámbitos que su ideal de artista y de hombre ha concebido como realidad étnica, cargado de viva historicidad.

Este idealismo no aparece como un ripio en el conjunto. Es sustancia y armonía que se ensambla admirablemente en la arquitectura total de una tela, y que es la trama y urdimbre en la integralidad arquitectónica de toda su obra. Es parte inherente de la esencia de su arte. Uno de los elementos constitutivos del arte de Ripamonte. De ese arte que se cristaliza en su mensaje como un legado para el devenir. Para ese devenir cargado de historicidad en su evolución, en cuya constante histórica se advierten ya las grandes mutaciones que el hombre y la sociedad imprimen al ritmo de su vida, de sus hábitos y sus costumbres. Devenir ese que nos hace entrever, ya, a la distancia, normas nuevas y nuevas costumbres, sensibilidades y ambientes. Época esa en que ya habremos entregado, artistas y escritores, el mensaje espiritual que construíamos acicateados por la pureza de un ideal estético creador. Es en esa época en que, pasado ya este ciclo en que residimos y actuamos consagrados a una inquietud, alguien levantará su voz para leer en su medio y en su época el envío lírico de agradecimiento al maestro que consagró su vida en la construcción del magnífico legado hecho a la cultura, a la historia y a la sociedad. Entonces se preguntarán: *¿Qué habría sido de todo aquel mundo sin usted, maestro Ripamonte?*

NARCISO MÁRQUEZ (Mar Chiquita 4060, Buenos Aires). Escritor y periodista. Nació en Maipú (Mendoza) en 1902. Fue director general de Museos, Reservas e Investigaciones Culturales de la Provincia de Buenos Aires y actualmente es jefe de la Biblioteca del Instituto Sanmartiniano. Entre sus obras publicadas, figuran: *José Ingenieros*; *El concepto social de la historia*; *El mundo en llamas*; y *El advenimiento de Occidente*.